

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

BUMERÁN

No hay efecto sin causa

LOS ELOGIOS

Una calle de doble sentido

EL ACELERADOR Y EL FRENO

Complementarse en vez
de competir

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.conectate.org



México:

Conéctate
Apartado Postal I-719
Mítras Centro
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 23 06 05
(52-81) 81 34 27 28 (fax)

Argentina:

Casilla 10
Correo de Mendoza
M- 5500
conectateconosur@conectateac.com

Colombia:

Conéctate Colombia
Apartado Aéreo 85178
Bogotá
conectate@coldecon.net.co
(1) 758 62 00

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.702
Correo 21
Santiago
(09) 94 69 70 45

España:

Conéctate
Apdo.626
28080 Madrid
(34) 658 64 09 48

Resto de Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedeurope@activated.org
(44-0) 845 838 1384

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

A NUESTROS AMIGOS

Un variopinto grupo de compositores, músicos y cantantes se había desempeñado con éxito en varios trabajos importantes durante años. A pesar de los altibajos, siempre habían logrado repuntar y mantener un buen grado de cohesión. De ahí que cuando la inspiración cayó inexplicablemente a niveles sin precedentes, la pareja a cargo se preocupó, y con toda razón. Siendo gente de fe, que dependía mucho de la oración, pidieron a Dios que les indicara por qué el grupo pasaba por una época tan árida y cómo podían renovarse.

La respuesta que recibieron fue breve y sencilla: «Se han olvidado del amor». Todos andaban tan enfrascados en su trabajo que escasamente se manifestaban cariño y aprecio unos a otros, algo que en sus primeros años los había llevado a tener un gran espíritu de equipo.

La pareja explicó esto al resto del grupo, y juntos elaboraron una lista de todas las cositas que habían dejado de decirse o de hacer unos por otros. Para concluir la reunión, rogaron a Jesús que los ayudara a dedicar más tiempo a manifestarse amor. Poco después el conjunto produjo la mejor música que había sacado jamás. Habían descubierto el secreto para trabajar en armonía y mantener altas cotas de inspiración. Todo gravitaba en torno a esas pequeñas expresiones de cariño y bondad.

Si bien muchos no somos compositores, músicos ni cantantes, son pocas las personas que no forman parte de alguna colectividad, llámese familia, matrimonio, sociedad comercial, la plantilla de una empresa, una cuadrilla de trabajo, un equipo deportivo, un club o un círculo de amigos. No podemos prescindir de los demás. Nos necesitamos unos a otros, y todos tenemos la posibilidad de optimizar nuestro entorno y animar a la gente que nos rodea. Las claves son el amor y la comunicación. Como siempre, Dios quiere lo mejorcito para nosotros. Hagamos aflorar lo mejor en los demás, y Él hará aflorar lo mejor en nosotros.

Gabriel

En nombre de *Conéctate*

AÑO 9, NÚMERO 8 Agosto de 2008
DIRECTOR Gabriel Sarmiento
DISEÑO Giselle LeFavre
ILUSTRACIONES David Komik
PRODUCCIÓN Francisco López

© Aurora Production AG, 2008 <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwán por Chanyi Printing Co., Ltd.

A menos que se indique otra cosa, los versículos citados provienen de la versión Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina;

© renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizados con permiso.



UNA AMIGA DE VERDAD

THERESA LECLERC

CUANDO RONDABA LOS 15 AÑOS estaba convencida de que me las sabía todas. Aunque estaba llena de inseguridades, tenía opiniones sobre todo, opiniones tajantes. En retrospectiva, me da pena por mis padres. Estoy segura de que no fui fácil de criar, sobre todo durante la adolescencia. No me gustaba que mis padres fueran más estrictos que los de otros jóvenes. Eso me llevó a apartarme de ellos, como hacen muchos chicos a esa edad. Estaba segura de que no me entendían, y en realidad así era. Ninguno de mis hermanos mayores se parecía a mí. Lo cuestionaba todo, y me costaba acatar las reglas. Reconozco además que no era muy profunda que digamos. Mi principal objetivo en la vida era pasarla bien. Mis padres eran amorosos, pero yo no estaba convencida de que quisiera seguir sus pasos como misionera. Aunque tenía un carácter fuerte, por dentro lo único que deseaba era encontrar a alguien que realmente me comprendiera.

Una vez que asistí a una reunión en la que era la única joven, mientras las personas mayores conversaban en pequeños grupos, me senté sola en un rincón a observar. En eso se acercó una señora llamada Joy, y nos pusimos a conversar. A la larga le abrí el corazón y le conté mis

conflictos. Pensé que me iba a sermonear, pero no hizo otra cosa que escucharme. Con su actitud me dio a entender que se interesaba por mí. En ningún momento me puso en mi lugar ni trató de hacerme cambiar de opinión; simplemente procuró entenderme.

A raíz de esa conversación nació entre nosotras una amistad que duró siete años, hasta que Joy falleció. Me apoyó tanto en la fortuna como en la adversidad. Dábamos caminatas juntas y a veces nos escribíamos notitas sobre cosas que nos resultaba difícil decirnos en persona. Aun cuando se trasladó a otra ciudad, lejos de donde yo vivía, nos mantuvimos en comunicación por teléfono y por correo electrónico. Buena parte de esos siete años Joy estuvo tan enferma que la muerte la acechaba en todo momento. Sin embargo,

nunca la escuché quejarse. Siempre estaba chispeante y se interesaba profundamente por los demás.

Ella me hizo ver algo importante: que no tenía nada de malo que fuera yo misma. Al mismo tiempo me enseñó a esmerarme por entender a la gente, a no prestar tanta atención a las apariencias y a veces ni siquiera a las palabras que se dicen, a aceptar a las personas tal como son y manifestarles amor incondicional. Aunque parecemos muy diferentes unos de otros, estamos hechos del mismo barro y todos ansiamos el cariño, la comprensión y la aprobación de los demás. Cuando alguien ve nuestra necesidad y la satisface, nos transformamos.

THERESA LECLERC ES MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN SUDÁFRICA. •



BUMERÁN

VIRGINIA BRANDT BERG

DE NIÑA, LA PRIMERA VEZ que fui al circo quedé maravillada, boquiabierta, al ver los espectáculos simultáneos que se presentaban en las tres pistas. En una había animales con un domador, y en otra unos saltimbanquis que volaban por los aires. Sin embargo, lo que más me interesó fue lo de la tercera pista. Una chica y un muchacho arrojaban unas armas de colores brillantes, que una vez que cruzaban la pista volvían a las manos del que las había arrojado. Cualquiera que fuera la dirección en que tiraban esos artefactos, describían una curva y retornaban rápidamente a los artistas, que los tomaban y volvían a arrojarlos.

Me quedé mirándolos atónita. ¿Qué fuerza misteriosa alteraba el curso de aquellos objetos y los hacía volver a su punto de partida? «Son bumeranes», oí decir a alguien a mi lado. Era la primera vez que escuchaba ese vocablo, y se me quedó grabado.

Huelga decir que desde entonces he oído esa palabra muchas veces, y también he visto cumplirse el efecto bumerán. La vida misma es un bumerán. Todo lo que hacemos vuelve a nosotros en algún momento, en algún lugar. La Palabra de Dios dice: «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará»¹. Todas las palabras y acciones que lanzamos por ahí, algún día vuelven a su punto de origen.

Es extraña la trayectoria circular que describe un bumerán para finalmente regresar a la persona que lo arrojó. La ley de la compensación opera de la misma manera. Todo lo que el hombre echa a rodar por

el mundo a la larga vuelve a él. Si reparte pan de bondad, la bondad vuelve a él; si despidе maldiciones, maldiciones caerán sobre él. Tanto lo bueno como lo malo, en algún momento nos alcanza, muchas veces habiendo cobrado más ímpetu aún.

A veces sucede enseguida, como el caso de una señora a la que escuché en el supermercado hablando a su hijo en tono exasperado e impaciente. Cuando el niño le contestó de la misma manera, pensé: «El bumerán que tiró esa madre viró y volvió a ella».

En otros casos, puede llevar años. Conocí a una señora que me pidió que rezara por su hijo ya crecido que andaba por mal camino. «Antes todo era muy distinto —me dijo—. Cuando era pequeño no reparé en el efecto que tenía en él mi conducta. Lo que para mí era pura diversión estaba menosca-

¹ Gálatas 6:7

bando sus valores. Luego, cuando terminó entre rejas, no pude menos que pensar que aquello era el reflejo difuso de mis propios actos». La vida de su hijo, al igual que el metal fundido, había ido a parar al molde y se había endurecido. El bumerán se le había tirado encima.

Cierta mañana visité a dos mujeres en el mismo hospital. La habitación de la primera estaba llena de flores, de tarjetas y de cantidad de lindos regalitos de amigos y conocidos. A la paciente le habían llovido esas atenciones y prendas de bondad y empatía. Era un reflejo de su propia vida, pues a lo largo de los años había sembrado amor y consideración en la vida de los demás. En aquel momento en que se hallaba postrada en el hospital, todo aquello le estaba volviendo.

En otra habitación del mismo pasillo yacía la otra mujer, sola. En su rostro tenía dibujadas las líneas de la amargura, el resentimiento y la suspicacia. El egoísmo había arruinado su vida. Ahí estaba, igual de inmersa en sí misma, igual de recelosa y crítica que siempre, mirando la pared, una pared tan dura, fría y desnuda como los muros que había construido en derredor de sí toda su vida. Terminó sola frente a la muerte.

¡Qué ambiente tan diferente se percibía en una habitación y en la otra! El bumerán había vuelto a aquellas dos mujeres, pero de formas muy distintas.

«Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebotando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir»¹. Todo el que se conduzca desinteresadamente, preocupándose de los demás y ayudándolos a llevar sus cargas, aliviando su dolor y contribuyendo a satisfacer sus necesidades, sin duda verá algún día que ese bumerán le vuelve trayendo bendiciones. •

¹ Lucas 6:38

CÓMO HALLAR AMOR

DAVID BRANDT BERG

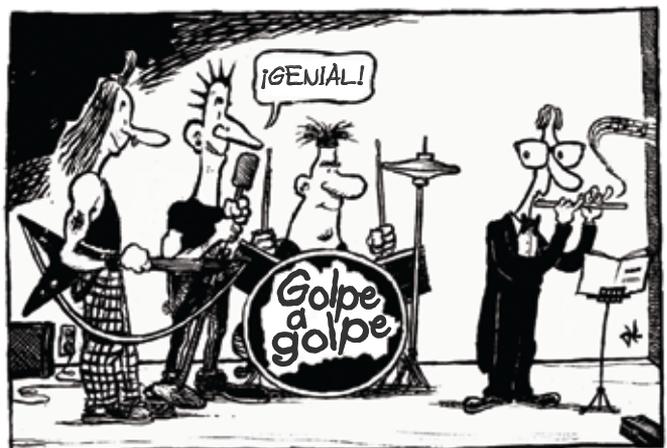
Si manifiestas verdadero amor, no te costará ganar amigos. Cuando te interesas sinceramente por los demás y les demuestras cariño, ellos se interesan por ti y hacen lo propio contigo. El amor engendra amor. Si siembras cariño, eso mismo segarás. Si siembras amistad, ganarás amigos¹.

El amor es infalible. Adonde sea que lo dirijas, siempre te reportará grandes beneficios. Es imposible dar sin recibir. Si manifiestas amor e interés verdaderos, siempre recibirás cariño a cambio; y cuanto más des, más recibirás.

Hay a tu alrededor muchas personas que, al igual que tú, viven solitarias y ansían más amor. Seguramente están a la espera de que tú des el primer paso. Ve y procura hacer feliz a alguien. Descubrirás todo un mundo nuevo de amor que sólo habías conocido en sueños.

Si manifiestas cariño, recibirás cariño. Ese es un principio, una regla divina. Si hacemos felices a los demás, Dios nos hace felices. Así de simple.

¹ Gálatas 6:7



Habida cuenta de los recelos iniciales de algunos miembros del conjunto cuando se les unió César, éste sintió un gran alivio al ver que empezaban a valorar su singular aporte a la música del grupo.



JOYCE HANCOCK SUTTIN

LA SONRISA DEL ABUELO

ESTABA CUBIERTO POR LAS TÍPICAS sábanas blancas de hospital y conectado a un enjambre de tubos y cables. Al acercarme, casi no lo reconocí. Estaba pálido, con las mejillas hundidas. Pero cuando abrió los ojos y me sonrió, casi no pude evitar desplomarme en sus brazos como siempre lo había hecho. El abuelo, a quien amaba más que a nadie en todo el mundo, había sufrido un grave infarto.

Siempre había sido mi mejor amigo, así como mi confidente y consejero cuando tenía conflictos con mis amigos o con mis hermanos. Yo era la menor de mi familia, una chica tímida, desgarbada y muy insegura de sí misma. Pero el abuelo siempre sabía darme el toque de ánimo que me hacía falta. Si necesitaba alguien

con quien jugar, él venía a jugar conmigo. Si necesitaba un paño de lágrimas, sabía donde encontrarlo; los cálidos y fuertes abrazos del abuelo eran lo más reconfortante para mí. Si tenía que corregirme, lo hacía con firmeza, pero sin brusquedad. Me llegaba hasta lo más hondo del corazón y me motivaba a cambiar para bien. También rezaba mucho, y siempre me recordaba que la oración era la fórmula más segura para conseguir que pasaran cosas buenas.

Yo tenía 14 años. Apenas dejaba atrás la niñez cuando nos avisaron que fuéramos al hospital. Uno a uno, desde el mayor hasta el menor, se nos permitió entrar a la habitación del abuelo para verlo unos momentos.

Después de una sonrisa y de un débil pero alegre *hola*, el abuelo me tomó la mano.

—Joyce, siempre has sido mi nietecita benjamina predilecta —dijo—. Entiendo que a veces te cueste encontrar tu lugar. A

menudo no sabes qué hacer y te preocupa que nunca llegues a ser gran cosa. Pero ten la certeza de que Dios te ama y tiene un plan para ti.

Mamá me tocó suavemente el hombro y me condujo fuera de la habitación.

—El abuelo está agotado y necesita descansar —me dijo.

Dos días más tarde volví a verlo. Estaba vestido con su traje más elegante y yacía en un ataúd. Casi abrumada por la fragancia de tantas flores, pasé unos últimos momentos con él. En esa ocasión sus brillantes ojos azules no se abrieron. Temblé de miedo y emoción al acercarme, pero entonces observé su rostro. Su radiante sonrisa me aseguró que todo estaba bien. El abuelo había muerto de la misma forma que había vivido: sonriendo. Durante varios días la gente habló de su sonrisa. Hasta el sepulturero dijo que había intentado durante horas cambiar su semblante, porque nunca había visto nada igual y le parecía un poco inquietante. El abuelo no nos dejó mucho dinero ni bienes: su último deseo y testamento fue la sonrisa de paz y satisfacción dibujada en su rostro.

Mi familia siempre había asistido a la misma iglesia, en un pueblito tan pequeño

que ni siquiera aparece en un mapa parcial de los Estados Unidos. Todos los domingos, el abuelo llegaba 20 minutos tarde como mínimo. Y todos los domingos, un grupo de unos 30 niños entraba detrás de él. Aquel era su pequeño apostolado. Reunía a los niños de las familias pobres que vivían en los cerros y los llevaba a la iglesia.

Años después, en un banco de una ciudad de la zona, un joven empresario escuchó a mi padre decirle su apellido a alguien.

—¿Hancock? —preguntó—. ¿Por casualidad tiene usted algún parentesco con Ed Hancock?

Procedió a contarle que de niño se había criado en los cerros y que todos los domingos sin falta mi abuelo lo llevaba a la iglesia.

—De eso tengo recuerdos muy gratos; pero lo que realmente transformó mi vida fue lo que me dijo un día: «Sé que vienes de una familia pobre y te parece que nunca serás gran cosa. Pero ten la certeza de que Dios te ama y tiene un plan para ti».

En la secundaria y después, en la universidad, fue una lucha conservar la fe rodeada de profesores ateos y amigos escépticos. A veces yo misma dudaba de mis convicciones. Pero

«A menudo no sabes qué hacer y te preocupa que nunca llegues a ser gran cosa. Pero ten la certeza de que Dios te ama y tiene un plan para ti».

aun en los peores momentos, el recuerdo de la sonrisa y la fe de mi abuelo me convencía de la existencia de Dios.

Hace 36 años decidí entregar mi vida al Señor y ver qué haría Él con alguien insignificante como yo. Desde entonces he misionado en diez países, compartiendo el amor de Dios y conquistando almas para Jesús. He superado mi timidez, me he dirigido a grupos numerosos de personas, he dictado seminarios y he tenido por alumnos a cientos de niños y jóvenes. He hecho muchas cosas que aquella tímida y azorada adolescente de 14 años ni soñaba que haría.

Al recordar los rostros de las personas con quienes he rezado para que acepten el precioso don divino de la salvación, no puedo concebir una vida más estupenda o gratificante. Aun hoy, Dios no deja de poner en mi camino personas que me inspiran gran afecto. Percibo sus temores y su timidez y las tomo de las manos. Sin pensarlo, me salen las palabras: «Entiendo que a veces no sepas qué hacer y te preocupe lo que serás. Pero Dios te ama y tiene un plan para ti».

JOYCE HANCOCK SUTTIN ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN EE.UU. •

LOS ELOGIOS

DAVID BRANDT BERG



JESÚS ELOGIA A LAS PERSONAS y les reconoce el mérito cuando obran bien. En Sus parábolas elogió a los siervos buenos y fieles que invirtieron sus talentos prudentemente¹. Hasta ponderó al mayordomo malo por su sagacidad². De Natanael dijo: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño»³.

En la Biblia Dios elogia a muchas personas. De Job dijo: «No hay otro como él en la Tierra»⁴. Y de David afirmó que era un varón conforme a Su corazón⁵.

A lo largo y ancho de los textos sagrados, el Señor encomia a la gente por sus buenas obras. Además promete recompensarnos por nuestra buena labor. Es algo que no tiene nada que ver con la salvación. La salvación es un regalo que nos otorga gratuitamente movido por Su misericor-

dia, gracia y amor. Pero además de eso, nos elogia y nos premia cuando obramos bien y con buenos móviles.

Cuando acudimos a Jesús en oración y le pedimos que nos ayude, Él nos responde. Nos faculta para hacer cosas que no podríamos hacer por nuestra cuenta. Pero aun así, casi siempre nos pide que hagamos algo —la parte que nos corresponde— para que se cumpla lo que deseamos. Y cuando lo hacemos, nos reconoce el mérito. Prueba indiscutible de ello son

todos los versículos que hay sobre recompensas y coronas en el Cielo⁶.

Él nos reconoce el mérito cuando aprovechamos al máximo los bienes y talentos que nos da. Viene a cuento la anécdota del campesino que le enseñó su granja a alguien que le comentó: «¡Qué finca tan bonita le ha dado Dios!» El viejo campesino repuso: «Pues debería haberla visto usted cuando la tenía Dios». Es decir, antes que él hiciera el arduo trabajo de desmalezar, arar y atender los cultivos. Hasta en el huerto del Edén hizo falta una persona que lo cuidara, labor que Dios encargó a Adán⁷.

Ese principio se aplica a nuestros dones y talentos, a nuestro cuerpo y aspecto y a todo lo demás. Dios nos dota de lo más elemental para ver lo que haremos con ello. Para desarrollar plenamente nuestras aptitudes, es preciso un esfuerzo de nuestra parte. Él entonces se percata de esos esfuerzos y nos elogia.

Así desea Él que seamos también con los demás. Debemos elogiar a la gente y hacerlo con sinceridad. La adulación y el elogio sincero son dos cosas muy distintas. Casi todo

¹ Mateo 25:14-23

⁴ Job 1:8

² Lucas 16:8

⁵ 1 Samuel 13:14

³ Juan 1:47

⁶ Daniel 12:3; Mateo 6:19-22; 16:27; 25:21; 1 Corintios 9:25; 2 Timoteo 4:7,8; Apocalipsis 2:10

⁷ Génesis 2:15

el mundo necesita que le den ánimo. La mayoría de las personas no son muy creídas ni muy vanidosas. A mi modo de ver es todo lo contrario: se sienten un poco inseguras o inferiores en algún aspecto. Tienden más bien a desanimarse por sus defectos. Por eso me parece importantísimo dar aliento a los demás.

Los elogios motivan a la gente a superarse. Todo padre o jefe que tenga un poco de tino lo sabe muy bien. Es más importante elogiar a un niño por su buena conducta y por lo que hace bien que regañarlo cuando se porta mal. Lo mismo vale para los adultos. Si se quiere sacar a relucir lo mejor de una persona y tener una buena relación con ella, hay que procurar resaltar siempre lo positivo.

Lo peor que se puede hacer es fijarse siempre en las falencias ajenas, menospreciar a la gente y fastidiarla constantemente por sus imperfecciones. Eso torpedea una relación con mayor rapidez que casi ninguna otra cosa, y ha hecho fracasar más de un matrimonio. Me viene a la memoria una señora que quería divorciarse y acudió al juez de familia. Argu-

mentó que ya no soportaba vivir con «aquel hombre» ni un día más y procedió a enumerar todos los defectos de su marido. La diatriba fue interminable.

Finalmente hizo una pausa para recuperar el aliento, y el juez aprovechó para preguntarle:

—Y ¿cómo es que se casó con él en un principio? Algo debe de haberle resultado atractivo. ¿Qué fue?

—La verdad es que —repuso ella— era muy bueno y muy trabajador, se preocupaba de mantenernos, quería a los niños y era fiel.

—¿Y ya no es así?

—Pues sí —respondió alterada—, pero... —y comenzó nuevamente a quejarse— es que es insoportable. Deja la ropa tirada en el suelo, nunca cuelga ni guarda nada, siempre llega tarde a cenar, le cuesta levantarse por la mañana, se mete los dedos en la nariz y si le quemo las tostadas, se me queja.

Cantidad de detalles relativamente insignificantes.

—Muy bien —dijo el juez—. Esta es mi resolución preliminar. Vuelva a casa y procure concentrarse en las buenas cualidades por las que se encariñó y se casó con él.

«El estilo en que nos comunicamos con los demás y con nosotros mismos determina en última instancia nuestra calidad de vida».

Anthony Robbins

Esfuércese por no pensar siquiera en esas pequeñas idiosincrasias tuyas que a usted le molestan. Si al cabo de 30 días todavía quiere divorciarse, vuelva a verme.

El juez no volvió a tener noticias de ella.

Estar siempre pensando en los defectos y malas costumbres de los demás nos complica la vida. «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad»¹. Prueba eso la próxima vez que estés exasperado, impaciente o alterado con alguien. Procura recordar sus buenas cualidades y haz caso omiso de sus defectos.

Piensa en lo bien que te sientes cuando alguien tiene contigo un gesto de consideración. Cuando una persona te agradece una labor bien hecha, te anima a esforzarte al máximo, ¿no es cierto? Seamos consecuentes con la Regla de Oro que nos enseñó Jesús: Pórtate con los demás como te gustaría que se portaran contigo². •

¹ Filipenses 4:8

² Mateo 7:12

SEAMOS ÍCONOS

RICHARD JOHNSTON



EL VOCABLO GRIEGO traducido como *imagen* en la mayoría de las biblias en español es *eikón*, del que proviene la palabra *ícono*. En la Biblia se usa tanto en su acepción literal (por ej., en Mateo 22:20, donde Jesús pregunta de quién es la cara dibujada en la moneda romana), como en sentido figurado (por ej., en Colosenses 1:15 y Hebreos 1:3, donde el apóstol Pablo afirma que Jesús es la fiel imagen del Dios invisible). La Septuaginta, que fue la primera traducción oficial al griego del Antiguo Testamento hebreo, se refiere a Adán con el apelativo de «*eikón* de Dios».

A las pinturas y grabados de las iglesias ortodoxas se los denomina íconos. El mismo nombre se aplica a personas que son objeto de gran admiración o muy destacadas en su rubro —grandes figuras del espectáculo, deportistas, empresarios, etc.—, cuyo nombre prácticamente se ha convertido en símbolo del área en que se desempeñan. Ni bien se inventaron las pantallas de computador, comenzaron a poblarse de figuritas a las que denominamos íconos. Algunas hasta tienen vida propia, como las caritas sonrientes y sus derivados histriónicos, a los que se ha dado en llamar *emoticones*, es decir, íconos que representan emociones.

Algunas personas también emplean la palabra ícono para explicar el papel del cristiano en el mundo. Debemos esforzarnos por ser la imagen de Cristo conduciéndonos como lo hacía Él o como lo haría

hoy en día. No es mala idea. Aplicar eso a nuestros hermanos en la fe —verlos como imagen del Señor— suscita amor fraternal y respeto. La madre Teresa llevó ese concepto un paso más allá. «En cada ser humano veo a Jesús —atesiguaba—. Me digo: “Este Jesús tiene hambre; tengo que darle de comer. Este Jesús está enfermo, tiene lepra o gangrena; tengo que lavarlo y atenderlo. Sirvo a los demás por amor a Jesús”».

Si bien muy pocos llegan a manifestar un amor tan desinteresado como el de la madre Teresa, podemos y debemos esforzarnos por emular más a Jesús. Para eso tenemos que pasar más tiempo con Él, llegar a conocerlo bien, familiarizarnos con Su Palabra y llevar a

efecto lo que Él predicó y vivió. «Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor»¹.

Esa transformación comienza en el momento en que reconoces en Jesús a tu Salvador y lo invitas a formar parte de tu vida. Si aún no lo has hecho, no esperes más. Haz ahora mismo la siguiente oración:

Jesús, gracias por venir a la Tierra y entregar la vida por mí. Obtuviste con ello el perdón de mis pecados. Ahora puedo conocer Tu amor y contar con Tu promesa de vida eterna en el Cielo. Te abro mi corazón y te invito a entrar en mí. Amén. •

¹ 2 Corintios 3:18

EL ACELERADOR Y EL FRENO

TOM HACK



NO SIEMPRE HA SIDO FÁCIL TRABAJAR CONMIGO.

Es más, a algunas personas les hacía tanta gracia tenerme en su equipo como adoptar a un puerco espín.

Parte del problema radicaba en mi excesiva competitividad. Este es un ejemplo de cómo esa porfía socavaba mis relaciones con mis compañeros: En una época compartí un cargo ejecutivo con un tal Pablo, un tipo de gran empuje, dinámico, rápido, muy organizado y capaz de realizar mucho trabajo en una sola jornada. Yo, en cambio, por naturaleza soy más despacioso, cauto y analítico. Antes bromeaba sobre mi forma de ser y decía que sólo tenía dos velocidades: la primera y la marcha atrás. Trabajar con Pablo me producía la sensación de que siempre andaba rezagado. Eso hacía aflorar mi espíritu competitivo. Me propuse entonces llevarle la delantera en todo. Si él decidía llegar al trabajo media hora antes para aprovechar bien el día, yo me esforzaba por llegar una hora antes para adelantarme a él. Si él pensaba concentrarse en determinado problema, para entonces yo ya lo había estudiado desde todos los ángulos concebibles. Esa rivalidad casi anuló nuestra eficacia.

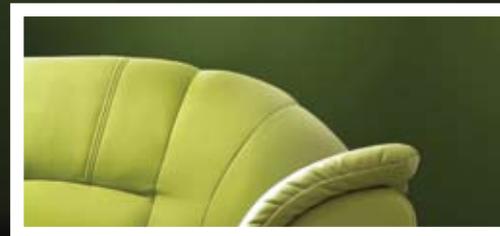
Oré sobre el asunto, y Jesús me mostró una pequeña analogía. Me indicó que éramos como un

automóvil, y que los autos tienen freno y acelerador. Si sólo tuvieran acelerador, a la primera curva que tomaran un poco rápido se estrellarían; si solamente contaran con el pedal de freno, no llegarían a ninguna parte. Para avanzar bien y no salirse de la carretera, es preciso usar el acelerador y el freno equilibradamente.

Me quedó claro lo que eso significaba para mí: En primer lugar, comprendí que esas características más que yo consideraba malas eran en realidad puntos fuertes. El hecho de que yo me moviera más lentamente, por ejemplo, contribuía a que nuestro equipo ejecutivo fuera más meticulado y estudiara bien las cosas con oración antes de actuar. En segundo término, en vez de ver las cualidades de los demás como una amenaza y ponerme competitivo, me hice cargo de que no debo oponerme a que mis compañeros de trabajo se destaquen en lo que saben hacer bien y que en todo caso debo ver de qué manera puedo emplear mis puntos fuertes para complementar los de ellos.

El final feliz de todo esto es que me replanteé mi modo de pensar, y desde aquel momento los dos pudimos trabajar bastante bien juntos. De eso han pasado ya algunos años, durante los cuales he tenido oportunidad de comprobar en toda suerte de relaciones la eficacia del principio de complementarse en vez de competir.

TOM HACK ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN NORTEAMERICA. •



LA COMUNICACIÓN EMPIEZA POR CASA

CURTIS PETER VAN GORDER

PASABA POR UNA MALA RACHA en mis relaciones con los demás. En vez de «ganar amigos e influir sobre las personas», como propone el título del famoso libro de Dale Carnegie, los estaba perdiendo, y la gente se apartaba de mí. Era hora de buscar ayuda. Tomé el teléfono de la oración y marqué Jeremías 33:3: «Clama a Mí, y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces».

Jesús contestó enseguida. Luego del acostumbrado intercambio de afables saludos, nuestra conversación se desarrolló más o menos así:

—Tengo un terrible defecto. Digo cosas que no debo, y a veces la gente me interpreta mal. Eso me complica mucho la vida, y no es realmente lo que quiero. Me gustaría llevarme bien con las personas; es más, quiero que mis relaciones con todos sean excelentes. Te pido que me des unos consejos. ¿Cómo

puedo mejorar mis técnicas de comunicación?

—Mira a tu alrededor.

—¿Quieres enseñarme algo?

—Sí. Muchas cosas.

Aunque estaba desconcertado, era tanta mi expectativa que estaba dispuesto a probar lo que fuera.

—¿Te refieres a que debo darme una vuelta por la casa? Yo puedo hacerlo; pero ¿qué debo buscar?

—Abre bien los ojos y los oídos, nada más. Tal como te prometí, te enseñaré cosas grandes y ocultas.

Mientras recorría la casa —esto puede parecer totalmente descabellado—, Jesús

fue una especie de guía invisible para mí.

Al cruzar la primera puerta, me dijo:

—Recuerda para qué sirven las puertas. Conectan un recinto con otro. Si quieres *conectar* con los demás, tu comunicación ha de ser franca y sincera.

En la cocina me dijo:

—Hay varios artículos aquí que tienen especial importancia para nosotros hoy. El afilador de cuchillos deja la hoja más limpia y aguda. Verás que ahora corta esta zanahoria fácilmente, de un solo golpe. Tal vez recuerdes el proverbio que dice: “Hierro con hierro se aguja; y



así el hombre aguza el rostro de su amigo”¹. Las buenas conversaciones te aguzan. ¿Cuál es el opuesto de aguzado? Correcto... obtuso o embotado. Esas son dos características que conviene que evites en tus relaciones con los demás.

»Estos aparatos de cocina encierran otra enseñanza. Hubo que cavilar mucho para crearlos. Sus diseñadores se preocuparon de que los usuarios los entendieran y por eso redactaron manuales de instrucciones. Lo hicieron para que pudieras sacarles mejor partido y evitarte contratiempos. La buena comunicación se asemeja mucho a eso. Tienes que ser claro en tus explicaciones y escuchar cuidadosamente lo que te dicen los demás. De lo contrario seguramente habrá malentendidos.

»Ah, y ya que estamos aquí, ¿te apetece una taza de té? Pon a calentar el agua. Llevará un tiempo, así que tendrás que armarde de paciencia. Dicho sea de paso, esa es otra virtud necesaria para entablar buena comunicación. Cada persona es única; por ende, no hay dos personas que vean una situación dada desde la misma perspectiva. Para lograr ver las cosas como los demás y llegar a un acuerdo suele hacer falta paciencia.

»Una taza de té hirviente te ayuda a entrar en calor: el mismo efecto tiene el amor. El saberte amado te motiva a amar a los demás, ¿no es cierto? Si de todo esto no retienes nada más, acuérdate de que lo principal es comunicarte de tal forma que la otra persona se sienta amada. Hay muchas maneras de comunicarse con amor; algunas son muy sencillas, por ejemplo, demostrar a las personas que valoras su opinión o que disfrutas de su compañía, sonreírles o hacerles un cumplido sincero.

»Ahora vayamos al pasillo. Ten cuidado, pues acaban de trapear el piso. Lanzarse a caminar rápidamente por un suelo resbaladizo puede causar una ingrata caída. De igual modo, apresurarse a hablar —sobre todo en situaciones *escurridizas*— puede ocasionar un desastre.

»¿Estás a gusto? ¿Mucho calor o mucho frío? ¿Está bien así? Perfecto. Aquí a la izquierda tenemos un dispositivo muy interesante denominado termostato. Mantiene la casa a la temperatura deseada subiendo o bajando la intensidad de la calefacción según sea necesario. Asimismo, para que tu interlocutor se sienta cómodo y la comunicación no se enfríe ni se caldee demasiado, debes estar atento a sus necesidades.

»¿Ves ese reloj de pared? Sirve para recordarte lo importante que es el sentido de la oportunidad en la comunicación. Dale tiempo a la gente para terminar de despertarse en la mañana, o para calmarse si sabes que está alterada. Y naturalmente, el mejor criterio para saber si es el momento indicado para decir algo es tomarte la molestia de escuchar antes de hablar.

»Si guardas silencio, oirás el tic tac del reloj. Hay momentos en que tienes que acallar tus propios pensamientos para escuchar el tic tac de los demás. Si prestas ese grado de atención a la gente, descubrirás que eso conlleva un par de beneficios más: tus interlocutores se sentirán más cómodos conversando contigo, y es más probable que ellos también te escuchan. ¿Sabías que uno puede escuchar cinco veces más rápido de lo que es capaz de hablar? Por eso muchas personas cometen el error de interrumpir a los demás en medio de una frase.

»Pasemos a la sala. La sala no debe estar ni muy vacía ni muy atestada de cosas. Unos sofás confortables, unos pocos cuadros y adornos de buen gusto y una buena luz ambiental hacen que los invitados se sientan como en su casa y se distiendan. Así debería sentirse la gente en tu presencia; dale a entender que su comunicación contigo es bien recibida».

En ese momento tocaron a la puerta. Era hora de poner en práctica algunos de estos consejos. •

¹ Proverbios 27:17

Para trabajar bien con otras personas

Hace poco me ascendieron a un puesto directivo que anhelaba desde hace mucho tiempo. Pero ahora tengo mis dudas sobre si este tipo de trabajo es para mí. Por lo visto, todo lo que digo y hago termina ocasionando malentendidos entre mis colegas y yo. ¿Algún consejo?

Los malentendidos, sean cuales sean las circunstancias, irritan y fastidian, y más aún en el ámbito laboral, que ya de por sí suele generar bastante estrés. Si a eso le añades la presión de adaptarte a una nueva función directiva, no es de sorprenderse que te hayas desinflado. Pero no te rindas. Lleva tiempo aprender a asumir nuevas obligaciones y cultivar buenas relaciones de trabajo, así que ten paciencia. Mientras tanto, aquí tienes algunos consejos que pueden resultarte útiles:

- 1. Ocúpate de una sola cosa a la vez.** Presta total atención al asunto que tienes entre manos y a las personas con quienes hablas.
- 2. Escucha.** Presta oídos a tus colegas antes de expresar tus propias ideas y opiniones. Nunca los interrumpas. Así no sólo te beneficiarás de su experiencia, sino que les manifestarás respeto, y a la vez te ganarás el suyo.
- 3. Si es necesario, pide más información o aclaraciones.** Muchas trabas en la comunicación se producen porque alguien, por orgullo, se inhibe de pedir más antecedentes o de admitir que no entiende lo que plantea su interlocutor.
- 4. Considera detenidamente el asunto.** Define bien lo que quieres transmitir antes de empezar a hablar. Eso te ayudará a presentar tus ideas de forma más clara, más explícita y más directa. Por ende, se reducirán las posibilidades de que te entiendan mal.
- 5. Tampoco hay que exagerar.** John Kotter, profesor del Harvard Business School y autor del bestseller internacional *Al frente del cambio*, manifestó: «La buena comunicación no implica que haya que hablar en oraciones y párrafos perfectamente contruidos. No se trata de ser muy pulido. La sencillez y la claridad dan excelentes resultados».
- 6. Reconoce tus limitaciones.** No tengas miedo de admitir que no entiendes o que no sabes algo.
- 7. Ten conciencia de los mensajes no verbales.** Casi todo lo que haces comunica algo a los demás. Tu puntualidad dice algo, al igual que la atención que prestas. Lo mismo sucede



con tu lenguaje corporal, la expresión de tu rostro y el tono de tu voz. Hasta el silencio habla. Las señales positivas abren vías de comunicación; las negativas las obstaculizan.

8. Esfuérzate por comprender. Para entender a los demás, procura ponerte en su pellejo. ¿Por qué piensan o actúan de tal o cual manera? Ten cuidado de no leer erróneamente el lenguaje corporal de una persona. En la duda, pregunta.

9. Brega por la unidad. Es más fácil trabajar codo a codo con los demás que en disputa con ellos. Evita los conflictos y choques buscando terreno común y cualidades dignas de admiración en tus compañeros de trabajo.

10. Mantén un enfoque positivo. Cultiva el espíritu de equipo haciendo hincapié en las tareas bien hechas y en los avances que se han logrado hacia la consecución de los objetivos trazados. Aborda los problemas desde la perspectiva de cómo pueden resolverse en lugar de ponerte a buscar culpables. •

MOMENTOS DE QUIETUD

Ejercicio espiritual

«Pongan la esperanza [...] en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos»¹.

La próxima vez que te sientas nervioso o abrumado por algo, recógete en un lugar tranquilo y tómate cinco minutos para practicar lo siguiente: Cierra los ojos y visualiza una escena apacible. Puede ser algo tan exótico como una playa en la que las cálidas olas te bañan los pies mientras una suave brisa hace susurrar las palmeras y te agita el cabello. O algo tan sencillo como un rato de paz en tu sillón preferido durante tu día de descanso. Ahora, imagínate que Jesús te acompaña en la experiencia. Se le ve feliz, relajado y deseoso de pasar un rato de esparcimiento contigo. Una vez que tengas la imagen bien afirmada en la mente, procura *prolongarla* unos minutos. Deja que tu cuerpo, mente y espíritu se serenen. Al volver al *mundo real*, te sentirás más descansado y con mejor ánimo para hacer frente a cualquier cosa que se te presente.

UNA SIMPLE REGLA PARA UN MUNDO MEJOR

DAVID BRANDT BERG

¿No sería fantástico que todos hicieran lo que dijo Jesús: «Ama a tu prójimo como a ti mismo»? Cuando la gente trata desconsideradamente a los demás, se acarrea conflictos. No es aventurado afirmar que todos los males del mundo actual son causados por la falta de amor. No obstante, hay una solución sencilla, aun en una sociedad tan confusa y sumamente compleja como la actual: el amor. Amar a Dios nos capacita para amarnos y respetarnos unos a otros. Podemos entonces seguir Sus reglas, que conducen a la libertad y la felicidad. Así todo se arregla, y todos nos sentimos satisfechos en Él.

Pidamos, pues, a Dios que nos ayude a amar a nuestros semejantes con el amor que Él nos da. Y recordemos que el prójimo es cualquiera que se cruce en nuestro camino y necesite nuestra ayuda, sin consideraciones de raza, credo, color o nacionalidad.

¹ 1 Timoteo 6:17

² Mateo 22:39

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Secretos de la buena comunicación

Sé optimista y procura animar.

Proverbios 15:23

Proverbios 27:9

Efesios 4:29

Infórmate antes de hablar.

Proverbios 18:13

Santiago 1:19

El sentido de la oportunidad y el tacto son vitales.

Proverbios 10:32a

Proverbios 25:11

Eclesiastés 3:7

Eclesiastés 8:5

Ponte en el lugar de los demás; empatiza con ellos.

Mateo 7:12

Romanos 12:15

Filipenses 2:3,4

1 Pedro 3:8

No permitas que se desaten disputas.

Proverbios 15:1

Proverbios 17:9

Proverbios 17:14

Proverbios 20:3a

Evita los chismes.

Tito 3:2

1 Pedro 2:1

DE JESÚS, CON CARIÑO

Construye puentes, no muros

Se dice que la gente se siente sola porque construye muros en vez de puentes. ¡Es una gran verdad!

La mayoría de la gente tiende a ser un poco egoísta. Es parte de la naturaleza humana darse prioridad a uno mismo, anteponer las propias necesidades y deseos a los ajenos. Es fácil enfrascarse cada uno en su propia vida y sus propios problemas. Sin embargo, cuando haces eso te complicas la existencia, pues te cierras a muchas de las cosas bellas de la vida y te pierdes la oportunidad de conocer a gente muy valiosa.

Los puentes que construyes cuando te brindas a los demás y te relacionas con ellos causan a veces conflictos y complicaciones; pero el esfuerzo bien vale la pena, pues también generan armonía, amistad, amor y aportan innumerables beneficios más. Se trata de un toma y daca, que desde luego requiere algo de empeño, paciencia y perseverancia. El puente no se tiende solo, y algunas personas inicialmente no ven con muy buenos ojos que lo tiendas en dirección a ellas. Pero si todos fueran egocéntricos y no construyeran otra cosa que muros, el mundo sería un laberinto terriblemente solitario.

Para tender puentes, tienes que empezar por rogarme que te ayude a amar y comprender a tus semejantes y a cambiar en aquellos aspectos en que sea necesario. Cuando empieces a pensar en lo que ellos quieren y necesitan, ya habrás colocado el cimiento. A partir de ahí, de a poco el puente se irá consolidando cada vez que des un paso hacia una persona de difícil acceso. Tal vez te haga falta un poco de valor para cruzarlo por primera vez, sin saber si te va a sostener ni cómo serás recibido en el otro lado; pero luego te alegrarás de haberlo intentado. Yo bendeciré cada acto desinteresado y premiaré cada paso que des para relacionarte con los demás.

